

# NIRA STRAUSS



# CORAZÓN EN FUERA DE JUEGO

matchstories

# Corazón en fuera de juego

Nira Strauss

 Matchstories

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

© Nira Strauss, 2023  
© Editorial Planeta, S. A., 2023  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
www.planetadelibros.com

© Ilustraciones del interior: Marga Cong  
© Lettering de la cubierta: Sophie Güet

Primera edición: abril de 2023  
ISBN: 978-84-08-27059-1  
Depósito legal: B. 4.366-2023  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.  
*Printed in Spain* - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

## Prólogo



### Asher

Salí corriendo más rápido de lo que había corrido en mi vida, aunque no había sido esa mi intención en un principio. En realidad, no tenía muy claro qué estaba haciendo o hacia dónde me dirigía. Solo sabía que tenía que abandonar aquella habitación asfixiante revestida de púrpura, y alejarme de los gritos de la abuela. El corazón me latía como las alas de un colibrí, y las piernas devoraban el asfalto con ansiedad. Me parecía que cada vez daba zancadas más largas, que mis pies se difuminaban y que, si me lo proponía, sería capaz de despistar a mi propia sombra.

También pensaba que, si no me detenía durante el tiempo suficiente, lo dejaría atrás todo.

La casa. A mi abuela. El motivo que me había llevado allí.

Probablemente era absurdo pensar así, creer que, poniendo distancia física entre los problemas y yo, estos se harían más pequeños, como las carreteras y los árboles cuando un avión despega del suelo. Pero tenía nueve años, así que no iba a evaluar la imposibilidad de lo que me planteaba.

La ligereza en el pecho cuanto más rápido me movía me era suficiente.

Como no conocía el pueblo, no sabía hacia dónde estaba yendo y la verdad era que me daba un poco igual. No me había molestado en conocer Santa Jacinta en los días que llevaba allí, y por mí podía llegar una inundación y tragárselo todo. Bueno, tal vez a las personas buenas no.

Quería a mi abuela, de hecho. Que a veces me intimidara con su vozerón, o que estuviera casi convencido de que su bastón con mango con forma de gallina podía observarme, no significaba que no la quisiera. Era un amor como el que se le tiene a un profesor, o algo así. Ella me parecía gigantesca e intimidante, pero cocinaba auténticas delicias y me arropaba todas las noches desde que había llegado.

Seguramente debería haber sospechado de aquello. En anteriores visitas la abuela no había sido muy dada a las muestras de afecto. Me decía cosas como «Ven aquí y abraza a tu abuela, o pensaré que tus padres han criado a un burro y no a un niño», y en realidad me sentía muy confuso porque no tenía claro si de verdad quería que la abrazara, que me disculpara o que rebuznara. Por lo tanto, el beso en la frente que me había dado la noche anterior en la cama, seguido de unas toscas caricias en el pelo, me habían dejado intranquilo. Había dado vueltas y vueltas toda la noche, mis piernas sacudiéndose con inquietud, pidiendo algo que yo desconocía.

Y aquella mañana todo había cobrado sentido.

○ había dejado de tenerlo para siempre, no lo sé.

«Asher, querido... Tus padres...», la voz de la abuela se filtró a través de mi respiración agitada, a través del áspero sonido de los árboles que dejaba atrás y las hojas secas que aplastaba bajo las zapatillas. Imprimí más velocidad, más fuerza a los muslos, pegué los codos a las costillas y aguanté la respiración los siguientes metros.

Cuando los árboles desaparecieron y algo brillante quedó a la vista, frené un poco. El crujido de las hojas fue sustituido por otro diferente. Guijarros negros se extendían debajo de mí, un poco húmedos, y hubiese acabado con el agua hasta el pecho si no me hubiera desviado un poco a la izquierda y clavado los talones en el suelo.

Tomando grandes bocanadas de aire, me agarré las rodillas y contemplé el lago. No sabía que hubiera uno tan cerca de la casa de la abuela, aunque, por otro lado, no estaba seguro de qué distancia había recorrido. En aquel momento, por más que me esforzaba, no era capaz de recordar exactamente por dónde había ido ni durante cuánto tiempo.

—Ostras, ¡corres más rápido que un león!

Volví la cabeza de golpe, un poco asustado, si bien jamás lo admitiría,

para encontrarme a una niña más o menos de mi edad sentada a la orilla del lago. Llevaba un vestido rojo de flores subido por encima de las rodillas y sus pies tocaban el agua. Había un cuaderno sobre sus muslos y tenía lápices en... Bueno, tenía lápices por todas partes: en la mano, sobre las dos orejas y diseminados a su alrededor junto a los guijarros.

—Lo sé —contesté, aunque en cualquier otra ocasión hubiera dado las gracias y me habría marchado al instante. Por lo menos estaba tan acalorado por la carrera que no podía ruborizarme más.

—Ya veo. —Ella asintió, como si no le molestara mi respuesta, y lo que parecían dos coletas se balancearon con precariedad. Varios mechones de pelo castaño golpearon sus mejillas—. No eres del pueblo.

No era una pregunta, así que me quedé en silencio. Ella tampoco parecía necesitar respuesta de mi parte.

—Sabría quién eres si fueras de por aquí, porque llevo yendo a clase con los mismos niños toda la vida. Conozco a los mayores, también. Y a los pequeños. Mi amiga Trin y yo acompañamos muchas veces a su hermanito, Jimmy, hasta la mismísima puerta de su clase. Es dependiente. Y llorón. Mi abuela dice que los pueblos pequeños son infiernos grandes. ¿Cuántos años tienes?

Me había perdido tanto en su diatriba que tardé en darme cuenta de que me estaba mirando fijamente. Mi respiración se había calmado un tanto, así que me erguí y tragué saliva antes de contestar.

—Nueve.

—¿Nueve? ¿Estás seguro? ¡Tenemos la misma edad! Pero eres super-pequeño. Pensaba que tendrías siete como mucho. Si me pongo en pie, estoy segura de que te saco cinco dedos por lo menos.

Di un paso atrás y ella se rio.

—¡No iba a hacerlo! No te preocupes, no tienes que ser alto solo porque seas un chico. Si fueras más bajito, seguro que correrías más rápido.

Aquello no tenía ningún sentido en absoluto a no ser que fueras Emmitt Smith, pero volví a permanecer en silencio.

—¿Por qué llorabas?

Me alarmé.

—¿Q-Qué?

La niña parpadeó y desplazó la mirada hacia su cuaderno.

—Nada.

Aprovechando que no me observaba, me froté las mejillas con las manos y las encontré un poco húmedas. Estaba seguro de que no eran lágrimas, porque yo nunca lloraba. Había oído a mi madre comentárselo a sus amigas cuando...

Sacudí un poco la cabeza para despejarla. En fin, que yo no lloraba, por lo que aquello debía de ser sudor o incluso la bruma húmeda del lago. Lágrimas desde luego que no.

Me planteé dar media vuelta y alejarme, pero la verdad era que no tenía ningún sitio al que ir, porque no me veía regresando a casa de la abuela, y después del calor y el zumbido que había invadido mis venas durante la carrera me sentí... débil. Exhausto. Ni siquiera sabía que mi cuerpo podía correr tanto y en ese momento me estaba pasando factura ser un niño poco deportista. Muchos profesores de gimnasia me habían tratado con amabilidad a lo largo de los años, pero los compañeros de clase siempre se burlaban porque no se me daba bien ningún deporte. Era capaz de botar una pelota un par de veces, pero no tenía la altura necesaria para estar en ningún equipo de baloncesto. Y mis piernas siempre me habían parecido demasiado delgadas para jugar al fútbol, a pesar de que me apasionaba verlo en televisión.

Las miré. Demasiado delgadas y cortas, pero me habían llevado hasta allí muy rápido, y algo en mi interior se sintió bien al pensar aquello.

Tal vez no sería pequeño para siempre. Tal vez solo necesitaba tiempo para crecer y volverme alguien alto y fuerte, como mi...

Respiré entrecortadamente y volví a sacudir la cabeza.

—¿Quieres ver mis dibujos?

Vaya, por unos minutos me había olvidado de que la niña seguía ahí. Pero ella no se había olvidado de mí.

Debí de hacer alguna clase de gesto, porque ella palmeó los guijarros a su lado y, por alguna razón que ni yo mismo comprendí, me senté junto a ella. La niña parloteó alegremente mientras pasaba páginas y páginas de un cuaderno de hojas blancas. Algunas veces se detenía unos pocos segundos en algunos bocetos, explicándome conceptos como «sombreado» y «puntillismo» y la diferencia entre la «sepia» y la «sanguina»,

y cuando creía estar captando lo que me decía, pasaba a otra página y volvía a empezar de cero. Estuvimos así, ella hablando y yo escuchando, como media hora, y consideré que sería de muy mala educación interrumpirla y hacerle saber que se explicaba de pena; se la veía muy entusiasmada. Además, cada vez que se recolocaba los mechones errantes de pelo, se dejaba marcas negras y rojizas en las mejillas y pómulos y aquello me estaba causando una mezcla de desasosiego e impaciencia.

Mientras refunfuñaba porque no había sabido captar la «delicadeza» de las antenas de una mariposa, saqué mi pañuelo favorito del bolsillo y se lo tendí.

Ella lo miró sin comprender.

—Tienes la cara sucia.

—¡Es que soy una artista!

¿Y eso qué tenía que ver con la suciedad?

—Vale. —Continué ofreciéndole el trozo de tela y ella siguió mirándome como si estuviera loco. Muy inquieto por la mancha negra que tenía demasiado cerca del ojo izquierdo, reprimí un suspiro y la limpié yo mismo.

En el momento en que un extremo de mi meñique rozó la nariz de ella sin querer, me quedé paralizado y me pregunté por qué había sentido como si una descarga eléctrica me hubiera traspasado el dedo.

La miré a los ojos y me di cuenta de que estaba observándome con los ojos muy abiertos. ¿Ella también lo había sentido? ¿O estaba pensando que era un bicho raro?

—Yo...

—Llevas pañuelos en los pantalones como los señores mayores. —Soltó una risita y me cogió de la mano, la que sostenía el pañuelo—. Me gusta. Es muy bonito.

Era de mi padre. Tragué saliva. Era algo propio de señores mayores porque era algo que le había visto hacer a mi padre y había imitado, porque siempre me había parecido un hombre pulcro, con el peinado en su sitio y la corbata perfecta, y había visto cómo mi madre se sonrojaba cuando él sacaba el pañuelo y...

Un ardor de lo más raro invadió la parte posterior de mis ojos y garganta. De pronto, propuso:



—Mira, si pones la mano aquí, en este hueco, puedo hacer un dibujo genial. ¿Qué te parece? ¡No te muevas!

Un poco aturdido, tanto por la extraña sensación que me había invadido (que ni de broma eran lágrimas) como por la ocurrencia de la niña, obedecí. Dejé la mano en el espacio entre ambos, con el pañuelo entremezclado con lápices y guijarros. Mientras ella elegía a toda prisa una hoja en blanco, conseguí hacer un par de inspiraciones.

—Esta perspectiva que voy a utilizar se llama oblicua. Significa que tengo que dibujar la línea del horizonte y dos puntos de fuga, que creo que van a ser tus rodillas y las mías. Voy a necesitar que... Esto... ¿Tienes prisa por volver a casa?

Yo, que había dejado la vista fija en el pañuelo, parpadeé hacia la niña. Pensé en su pregunta. Sentí que la opresión en la garganta se relajaba un poco al contestar:

—No.

—Vale, porque es mejor que te quedes quieto hasta que acabe el primer borrador o esto puede resultar un desastre —afirmó ella con mucho aplomo—. Pero no te preocupes, porque voy a ir describiéndote todo mi proceso creativo mientras tanto.

Aquello tendría que haberme horrorizado. Estaba en aquel pueblo infernal involuntariamente, sin otro sitio al que ir, con una completa desconocida a la que le encantaba escucharse a sí misma y que tenía una higiene propia muy dudosa, y sin saber muy bien cómo me había convertido en una especie de modelo para sus dibujos, los cuales ni siquiera estaba seguro de que fueran buenos.

Tal vez debería levantarme e irme.

Podría correr hacia otra parte donde pudiera estar solo.

Observé cómo sus dedos se deslizaban por el cuaderno y empezaba a trazar líneas, círculos, y sacaba una regla de ninguna parte para medir cosas que solo ella sabía. Bueno, ya no podía marcharme. La dejaría a medias y parecía muy concentrada.

—Soy Lluvia, por cierto —me dijo al cabo de un rato, en una pausa entre explicaciones detalladas de su «proceso creativo».

Un nombre raro para una niña peculiar.

—Yo soy Asher. —Como no quería darle la mano y que me ensucia-

ra de carboncillo o sanguina o lo que fuera que tenía en los dedos, cabeceé lo que esperaba que fuera un saludo.

—¿Asher? ¿Entonces puedo llamarte Ash? ¿Como Ash Ketchum?

—No.

—¡Pero si hasta llevas una gorra! Sin ninguna duda, eres un Ash.

—Yo no soy... —Bizqueé y comprobé que, en efecto, llevaba mi preciada gorra de los Dallas Cowboys—. La mía es azul.

—Lo mismo da.

Seguí discutiendo un rato con ella, hasta que acabé por darme cuenta de que daba igual lo que yo dijera, aquella niña había decidido llamarme Ash y punto. Luego discutimos porque estaba segura de que había cambiado de posición la mano con el pañuelo, y yo le juré que no, y ella tuvo que rehacer sus líneas madre o lo que fuera que estaba haciendo.

Dos horas después, Lluvia aún no había terminado el primer borrador de su dibujo, y para entonces yo había dejado de sentir ardor en los ojos y en la garganta. De hecho, hasta que el sol no descendió hacia la orilla opuesta del lago y la brisa no empezó a refrescar, juraría que no había pensado en gran cosa aparte del parloteo constante de Lluvia.

Así que ella siguió dibujando.

Y yo seguí escuchando.